

Cuando el departamento se hace realidad

En la catequesis escolar hay que decir NO a la «buena voluntad». La buena voluntad tiene sentido en una situación de penuria imaginativa y de falta de conciencia colectiva respecto de un problema. En esos casos uno se las arregla como puede. Nadie le reprochará nada si en su comportamiento ha funcionado desde una buena intención. Hoy en catequesis escolar no se puede hablar ni de penuria imaginativa ni de falta de conciencia colectiva. Por eso la buena voluntad no nos basta. Necesitamos en cambio tecnificar o profesionalizar nuestra acción.

En la catequesis escolar hay que decir NO al individualismo. El individualismo responde a una situación en que tal educador llega a ser consciente del sentido último de su trabajo a la vez que constata —o al menos lo cree— la falta de tal conciencia en los que le rodean. El individualista no se queda en la buena voluntad; en algún sentido es ya técnico, especialista. Pero descuida la comunidad como lugar en que dar sentido a su inquietud. Hoy toda la comunidad educadora es consciente de la urgencia y hasta del sentido que debería adoptar la educación de la fe. Por eso el individualismo no nos basta. Necesitamos reflexionar y proyectar juntos.

En la catequesis escolar hay que decir NO a la clase de religión. La clase de religión responde a una real despreocupación educativa en el resto de las disciplinas. La clase de religión es el reducto a la vez del hombre y del cristiano: sólo en ella hay lugar para la reflexión sobre sí y el servicio. El «educador de clase de religión» puede no ser ni individualista ni refugiarse en la buena voluntad; puede estar contando con la conciencia y con la profesionalidad de otros «educadores de clase de religión». Sin embargo, olvida el sentido educativo de lo que él llama educación profana. Por eso hoy la clase de religión no nos basta. Necesitamos

tomar conciencia del porqué de cada disciplina y su posibilidad de reflexión.

Creemos que la idea del departamento supone la alternativa a realizar. En el departamento de educación de la fe (allá cada quien con el nombre que le ponga) el educador cristiano puede hallar hoy la superación de su buena voluntad, de su individualismo y de su olvido de las ciencias humanas.

Y como nuestra actitud debe ser crítica, queremos recordar desde aquí que junto a los tres NO mencionados hay tres falsas alternativas. Así, decir NO a la buena voluntad no significa dar nuestra fe a la tecnificación en cuanto tal. Preferiríamos seguir siendo educadores de buena voluntad que adoradores del ídolo técnico, servidores de una nueva estructura, alienados de la eficacia. Decir NO al individualismo no significa entregarnos al poder manipulador de un macrosistema, confiar nuestra responsabilidad personal a una directriz más o menos universal y despersonalizada, caer en el culto a la complejidad. Decir NO a la clase de religión no significa quedar ciego a la falta de profundidad en lo científico. Las ciencias humanas no son humanas si lo que prima en ellas es el programa, la sucesión, la universalidad; lo son si nos llevan a descubrir detrás suyo los hombres concretos de nuestro mundo técnico.

Así, hemos llenado nuestro número no tanto con organigramas o programaciones cuanto con su porqué. Reflexionamos primeramente sobre el sentido del departamento desde una perspectiva arreligiosa o escuetamente estructural (J. M. Martínez), desde una perspectiva teológica de base (P. M. Gil), desde su relación con la celebración de la fe (J. M. G. Casado). A continuación incluimos tres indicaciones sobre el sentido específico del planteamiento religioso en la educación con respecto a ese mismo planteamiento en la teología (García Ahumada), sobre el sentido conformador de la personalidad toda que hay en la educación religiosa (J. Pujol), y sobre la significación de todos estos planteamientos en la conciencia ministerial que el educador de la fe tiene de sí mismo (V. Ayel). No podía faltar el capítulo del ejemplo, más o menos normativo: tres iniciativas concretas en sucesión lógica con todo lo anterior. Y finalmente, un aviso: el departamento de educación de la fe no es cuestión de cada uno, de cada centro. Más que una técnica es una respuesta concreta a una necesidad universalmente sentida (A. Montero).